

Julio Moncada

Canto para las ciudades muertas



CON profundas cenizas de lágrimas antiguas.
Con cosas materiales e inmateriales
estoy tratando de reconstruir vuestro perfil,
tristes, viejas ciudades.

Sé que es el mismo el mar que canta abajo.

Y sin embargo el viento aúlla por las calles
sobre los grises muros que vence el musgo verde,
como aúllan los náufragos.

No hay lámpara posible
que venza la desolación y el desamparo.

No hay voz en la garganta
para quebrar este silencio opaco
desde donde no puede trotar un río al mundo
ni crecer una espiga o alimentarse un árbol.

Con cosas materiales e inmateriales.
Tal como puede ser la voz humana,
estoy tratando de encontrar el cauce
de ciudades que se hunden en la historia.

He ahí sus cadáveres en la noche más alta que ha lle-
[gado hasta el mundo.

Los pueblan los dormidos fantasmas de la Muerte.

Trotan por sus mercados los caballos heridos.

Los conductores mueven sus látigos zumbantes.

Se alza un olor a frutas dormidas para siempre.

¿Qué mano abre las puertas a través del silencio?

La ceniza más tibia duerme adentro de mí
y despierta está ahora en el pecho del tiempo.

No pido más. No pido sino que continúe

este ronco aullido de marea a lo lejos;

griten los grises pájaros; vivan los tristes muros

y que el musgo los cubra con su verde silencio.

Sé que es el mismo el mar que canta abajo.

Serán las mismas voces tal vez, pero no creo.

Como si hubiera estado escrito en una duna
todo lo que aquí estuvo lo fué borrando el tiempo.

¡Cuánta desolación rompe esta bruma

y qué tremenda ola va en su acento!

Aquí estuvieron las ciudades del pasado.

Por aquí pasó el hombre con su terror auestas.

Crecieron niños. Las mujeres lavaron

junto a los hondos pozos de aguas quietas.

Hubo una calle donde el amor se vendía

y al final de las casas se levantaban huertas.

Verdes, altos penachos que alzaban su estatura
bajo la luna tierna.

Sé que es el mismo el mar que canta abajo.

—Cuánta ternura, cuánto amor encierra . .
Su voz de anciano, ronca y poderosa
vive y agita el fondo de la verde marea
junto a los esqueletos roídos por los peces
bajo un silencio húmedo de soledad y selva.

En esta gris ciudad que ahora tiende
sus cariátides de granito sobre la parda tierra
quiero encontrar la honda raíz, el canto
infinito de la eternidad del hombre.

Y es sólo polvo. Cemento. Arena.

Es sólo la ronca voz del mar que canta lejos
y las pequeñas yerbas.

Es sólo este silencio Este rocío
acumulado sobre las maderas,
estremecidas por la cal y el yodo,
comidas por la sal y la tormenta.

Y es todo lo que queda.

Para la eternidad, para el silencio.

Para los siglos, todo lo que queda.

J. M.